

RECENSIONES

ESCUADERO, J.M. (2002). *La reforma de la reforma. ¿Qué calidad, para quiénes?*. Barcelona: Ariel, 281 páginas.

En momentos en los que unas reformas cabalgan sobre otras dejando a su paso “más ruido que nueces”; en que los políticos siguen empeñados en creer que el cambio de la legislación educativa –por sí sola– es capaz de provocar cambios a gran escala; y cuando se cruzan eslóganes sin mucho análisis sobre los sustentos y las consecuencias de lo que afirman; es oportuno retomar con prudencia estos procesos para no dejarse llevar, dando de lado lo verdaderamente importante, que no es otra cosa que el promover buenos aprendizajes para todos. No debemos perdernos en la hojarasca del cambio de norma educativa sin hablar de lo sustantivo que puede verse trastocado en el proceso: qué es calidad en educación, quiénes y en qué términos tienen derecho a ella, dónde queda y cómo se aborda la equidad y la diversidad en una sociedad plural y democrática, educación pública de la ciudadanía, qué estándares sin estandarización, argumentar la bondad o no de la comprensividad en la educación obligatoria, equilibrar autonomía y control social de la educación, dirección y participación democrática... Sin duda, son temas de suficiente calado como para no pasar de soslayo sobre ellos. En este sentido, el libro que se recensiona es –pese a lo controvertido del tema y las seguras polémicas que genere– un trabajo necesario y oportuno, que no oportunista. Oportuno por la necesidad de retomar y entrar a debate en tales grandes cuestiones educativas, sin aprovecharse del momento para lanzar fáciles proclamas o apuntarse a olas con más públicos.

En este contexto, pasa revista a los acontecimientos de más rabiosa actualidad en educación, enfocados desde un prisma de serio análisis curricular y social, y con suficiente distancia y desapasionamiento como para abordar una crítica creíble y con la fineza de un observador privilegiado, especialmente comprometido y valedor de una buena educación democrática de la ciudadanía. Desde el conocimiento pedagógico disponible, va desentrañando las retóricas grandilocuentes que suelen acompañar a los procesos previos y coetáneos de las reformas, tanto para instigarlos y fundamentarlos insistiendo en las fracturas, los problemas y los desatinos que azotan al sistema, como para combatirlos y pararlos en base a viejas proclamas que no han terminado de funcionar del todo. Pues, como afirma en uno de sus epígrafes, los cambios pueden ser para bien, y también para peor; cuestión ésta que no es baladí y no se puede tomar a la ligera. Hay que caminar con pies de plomo y sin desmarques tempranos, pues, bajo ciertas circunstancias, el cambio puede ser muy ingrato y costoso, tornándose incluso contraproducente si no están bien asentadas las razones, las prácticas, los compromisos y no se controlan las condiciones bajo las que opera y los resultados que va produciendo.

En cualquier caso, afirma, en tiempos turbulentos y acelerados como en los que nos ha tocado vivir, no es aconsejable refugiarse en el pasado sin cuestionarlo, como tampoco lo es confiarse ingenuamente en manos de los nuevos discursos y sus promotores. Por ello, para no repetir historias ni andar sin norte, propone tres principios que deberían guiar estos momentos: (1) *prudencia*, para no pecar de incautos o ingenuos; (2) *relevancia*, para no perder de vista lo que realmente importa, que la educación camine en una productiva línea de equilibrio entre

calidad y equidad; y (3) *perseverancia*, embarcándose con otros por caminos importantes en procesos largos y complicados que necesitan de apoyo, constancia y compromiso.

Pasa repaso a todos los puntos problemáticos de una implantación mermada de la Logse, con desarrollos y logros parciales, pero también con aciertos irrenunciables. Advierte reiterada y argumentadamente de otros males –seguramente mayores– si se hacen las cosas por determinados derroteros –más neoliberales bajo el eslogan de la calidad– y sin asegurar pilares fundamentales. Realiza un análisis fino, comprometido y minucioso que, además de tocar dimensiones claves olvidadas en los discursos del momento, insta a la comunidad profesional a que entre en el debate sin apasionamientos y con mente abierta para hacer una autocrítica serena y responsable que haga salir a la luz vías de sutura responsables que ayuden a restablecer la credibilidad del Sistema Educativo. Argumenta que, pese a las tendencias postmodernas y globalizadoras actuales, se está en un momento y contexto idóneos para que ya que se reforma, no caigamos encantados con nuevas promesas, ni tropecemos en las mismas piedras, para, a la postre, terminar con nuevos desencantos y con algunos importantes temas rotos y de difícil composición.

Entre los asuntos tratados no desdeña de aquellos que podrían intuirse complicados o controvertidos, como tampoco oculta su personal discurso y posicionamiento pedagógico–ideológico a la hora de mostrar claves comprensivas que ilustren y ofrezcan nortes, y ciertas lecciones aprendidas del cambio y del funcionamiento de la sociedad que se constituyan en analizadores que nos saquen de la apatía reflexiva y del cómodo *laissez-faire* que nos inunda. Y, en tiempos que empiezan a vislumbrarse propicios para reformas a gran escala, bajo los auspicios de una calidad globalizada, aboga porque la escuela pública se *“apreste con urgencia a restaurar sus propósitos, reafirmar y declarar sus sentidos y cometidos, pelear por dotarlos de contenidos y valores que hagan de ella algo que vale la pena y que es digno de ser hasta mimando; pues sin este convencimiento y resolución es difícil ni tan siquiera pensar en una educación valiosa, de calidad para todos, posible y utópica al mismo tiempo”* (p. 237).

De este modo tan sugerente, aborda el espinoso tema de la necesaria calidad cuestionándose de qué calidad se está hablando y para quiénes se propone; pues una calidad sin equidad, o si ésta no es rica en matices, contextualizaciones y perspectivas, no es tal. Apuesta por revisar todos los planteamientos y aprendizajes que sobre el cambio se disponen en la actualidad y, sin perder de norte que lo principal es el buen aprendizaje de todos, lleva la idea de la calidad y la mejora mucho más allá del propio centro, aunque sin olvidarse del mismo. Desde ahí, se adentra en argumentar y demandar la necesaria capitalización del sistema, advirtiendo que la Administración Educativa debe –en primer término– asumir la responsabilidad –en términos de apoyo y control– que le compete. No basta con dejar exclusivamente en manos del contexto social próximo, los profesores y centros el éxito o no de la educación obligatoria. Para llegar a armonizar los diferentes círculos que hacen posible un buen aprendizaje para todos (desde los propiamente curriculares, los profesionales y los institucionales, más los comunitarios) la propia Administración tiene mucho que decir también, promoviendo democráticas y justas medidas de apoyo a la mejora. Una vez ahí, también toma partido por la necesaria evaluación del sistema, de los centros, etc. estableciendo estándares de calidad no estandarizados, desde una perspectiva de democrático control social y de compromiso en apoyar procesos de mejora para la conquista y superación de tales índices. Lo contrario sería abrir el mercado y dejar de lado a los más necesitados y con más dificultades, con la excusa de que ellos no quieren o no hacen.

Consciente del compromiso social de la educación, no olvida nunca este referente, tanto para responder a los retos que se plantean, traducidos en nuevas exigencias, pero desde lógicas de transformación y de justicia social y educativa. También hila fino a la hora de abordar el tema del fracaso escolar, tanto en su adjetivación (¿del alumno o del sistema?), como de las posibles medidas y difíciles soluciones que se esgrimen en las retóricas actuales, que pueden tornarse tanto en trenes de inclusión, como en sutiles vías muertas abonadas a ocultar o enmascarar procesos de exclusión. De este modo, desenmascara tanto los procesos de atención a la diversidad que no han reducido diferencias o que han servido de pretexto a la desigualdad acallando conciencias, como aquellas otras propuestas que bajo el amparo de la calidad y la igualdad de mérito, ocultan otras prácticas de jerarquización, clasificación, selección, y de abrir puertas a la privatización de la educación, vaciando de contenido la escuela pública hasta llevarla a la condición de subsistema subsidiario, marginal y asistencial.

Pero este fino análisis, más que una aguda crítica, es un reto, un aldabonazo en la conciencia profesional de cuantos nos dedicamos a la educación (sea el nivel que sea) y una exposición de motivos y razones para tomar impulso y argumentos para restablecer y luchar por el espíritu, el alma y la práctica del sistema escolar público, no como usuarios o profesionales asépticos, sino como parte integrante de una comunidad de creyentes capaces de comprometerse activa y cotidianamente en su defensa y mejora.

En definitiva, se trata de un libro bien tramado y pensado, lleno de argumentos y reflexiones hondamente asumidas, denso en su análisis, y que recoge una ya larga y contrastada trayectoria del autor en este ámbito de estudio. Adquiere grandes retos y compromisos y los resuelve con el saber hacer del investigador sistemático, el observador perspicaz y el pedagogo enraizado en la sociedad y la escuela que le rodea, que se nutre en las más acreditadas fuentes del saber pedagógico actual. Está escrito de forma personal, huyendo –en cierto modo– del academicismo propio de estos análisis, lo que se agradece doblemente, y con el valor adicional de entrar al estimulante y abierto debate con los profesionales de la educación, sus teóricos y los políticos encargados de promoverla. Ello le lleva a ser un libro –al mismo tiempo– interesante y provocador, imprescindible para comprender el momento actual y para encontrar ciertos nortes por los que caminar en tiempos de zozobra, indefinición y duda.

Purificación **Pérez García**